

“EL ÚLTIMO REGALO DE CASIANO FLORISTÁN ⁽¹⁾”

Durante este último fin de semana he aprovechado mi tiempo libre para examinar todos los papeles del curso anterior pendientes de clasificación.

Entre todos ellos destaca poderosamente un correo electrónico de nuestro inolvidable Casiano ⁽²⁾ que recibí poco antes de su muerte. Este es el texto:

«De: Casiano Floristan (cfloristan@telefonica.net)
Enviado el: sábado, 01 de octubre de 2005 11:52
Para: Fernando Escardó
Asunto: Tu reflexión
Datos adjuntos: EL CRISTIANISMO.wpd

Querido Fernando:

*No pude abrir la reflexión que me enviaste. Espero que nos veamos pronto. Ya tengo ganas. Te adjunto una colaboración para un Diccionario de la Existencia, que saldrá en Anthropos, Barcelona. o acabo ahora. Título: "Cristianismo"
Un abrazo
Casiano»*

Obviamente la singularidad de este correo no obedece a su contenido sino al de la temática que anuncia y adjunta. Se trata de un Diccionario de la Existencia en fase de elaboración por parte de la editorial Anthropos. A Casiano le habían encomendado el desarrollo de la voz “Cristianismo” cuyo texto, recién concluido, se apresuraba en remitirme con el correo que acabo de transcribir.

Consideré su lectura apremiante en la seguridad de encontrar alguna afirmación sobre la que tendría que manifestar mi discrepancia.

El motivo sería, como otras veces, mi pertenencia a la Renovación Carismática Católica. Muy a menudo le había ofrecido enviarle algún texto que facilitase su familiarización con esta *corriente de gracia*. Con toda corrección siempre se había negado a recibirlo alegando su conocimiento de lo que la Renovación significaba y su falta de tiempo debido a un exceso de trabajo. Solo mostró interés en los escritos que por entonces yo ya estaba enviando a la página Web de Fray Escoba.

De ahí su afirmación en el correo electrónico antes transcrito sobre su imposibilidad de “abrir la reflexión” que le había enviado.

Algo le pasaba, sin embargo, a Casiano con la Renovación pues siempre que yo, en nuestras conversaciones, sacaba el tema, invariablemente cambiaba de conversación utilizando la firme delicadeza propia de los naturales de la Ribera Navarra. Con más claridad disentía de nuestro hincapié en la gratuidad para basar exclusivamente en ella nuestro seguimiento al Señor. No hubo manera de que dissociara facilidad y gratuidad.

Por eso me emocionó recibir su texto sobre el vocablo “Cristianismo”. Nada hay en su análisis que contraríe ninguno de los principios primigenios por cuyo restablecimiento y vigencia viene insistiendo la Restauración desde sus orígenes.

Hay además muchas cosas en las que coincide plenamente con nosotros: la decisiva importancia de Pablo en la configuración del cristianismo; la necesidad de los carismas; la supremacía del Espíritu sobre la jerarquía; el creciente papel del laicado...

Alguna de estas cosas las subrayé en su día, cuando recibí su escrito, y así siguen en el ejemplar que mantengo. No conservo copia de mi respuesta. Si recuerdo que fue del todo entusiasta.

Veamos el trabajo de Casiano. Dice así:

EL CRISTIANISMO

Casiano Floristán, profesor emérito de teología pastoral

Con la proclamación de la inminente llegada del reino de Dios, Jesús de Nazaret inició un movimiento profético y escatológico, reformador del judaísmo, que suscitó rechazos, amenazas y condena a muerte del predicador por parte del sanedrín, la clase sacerdotal y los fariseos y saduceos. En cambio fue aceptado por un grupo de seguidores y por los anawim, pobres, enfermos incurables y marginados. El evangelio o buena nueva de Jesús se expresa en el Sermón de la Montaña y en el mandamiento del amor a Dios y al prójimo. Para su prolongación en el espacio y el tiempo, Jesús reeducó en la nueva fe a un grupo de apóstoles y discípulos, llamados posteriormente “cristianos”, palabra usada originalmente en Antioquía de Siria (He 11,26; 26-28). Jesús predicó el reino, y sus discípulos predicaron a Jesús como Mesías.

Hacia el año 110 utilizó Ignacio de Antioquía por primera vez el término cristianismo. También usó la expresión Iglesia católica para calificar a la verdadera y diferenciarla de las sectas y grupos de herejes. Merced al ecumenismo, a las connotaciones negativas que ha adquirido el término católico y a la escasa significación del bautismo -por ser de infantes-, se emplea teológicamente más el término cristiano que católico y creyente que bautizado. Cristiano y cristianismo se relacionan con el nombre de Jesucristo.

I. Aparición del cristianismo

Desde sus orígenes, los cristianos se han caracterizado por la experiencia personal y grupal de comunión con Jesús de Nazaret crucificado, al que confiesan resucitado. Después de la pascua del año 30, el grupo de los primeros discípulos cristalizó como koinonía de hermanos y hermanas o comunión de comunidades, con el nombre de Iglesia, para diferenciarse de la sinagoga, de la que fueron expulsados. Según Congar, la palabra ecclesia significaba lo que hoy llamamos “comunidad de los cristianos”.

La nueva comunidad vivía la koinonía -comunión o solidaridad- en la oración, la fracción del pan, la enseñanza de los apóstoles y la comunicación de bienes. Apareció como fraternidad llena del Espíritu del Dios de Jesús, sin marginar a la mujer (fue bautizada como el varón), ni ser dominada por los jefes (carisma frente a jerarquía), en tanto que sus miembros se desprendían de lo que poseían (no para ser pobres sino para que no los hubiera).

Aparecieron variedad de agrupaciones de creyentes, hasta tal punto que el Nuevo Testamento no ofrece un modelo normativo y único de comunidad y, por consiguiente, de cristianismo. Los cuatro evangelios, procedentes de distintas comunidades y aceptados en el siglo II como canónicos en un gran consenso eclesial, muestran cuatro diferentes cristianismos. No obstante, era práctica común que los cristianos de cualquier tipo de comunidad se congregaran fraternalmente la víspera del domingo en una casa para celebrar la eucaristía, compartir la cena fraterna, poner en común sus bienes y pedir perdón. Se agregaban los convertidos y catequizados, una vez bautizados. Hacia fuera actuaban como fervorosos misioneros y desprendidos donantes.

No fue fácil que cada comunidad se configurase en el espíritu de Jesús, a causa de los conflictos entre discípulos de lengua griega y lengua judía, admisión de paganos, comunicación de bienes, abandono de los sacrificios culturales, rechazo de la circuncisión, fijación del domingo y de la pascua anual con sello propio y ruptura definitiva con las instituciones judías.

Aunque Lucas narra idílicamente la vida de la primera Iglesia de Jerusalén en tres "sumarios" (Hch 2, 42-47; 4, 32-35; 5, 12-16), las comunidades primitivas afrontaron muchas dificultades, tanto en su interior (disensiones, envidias, protagonismos y herejías), como fuera de su entorno (difamaciones y persecuciones). Hubo tensiones entre creyentes conservadores y abiertos, luchas por dominar la dirección de la comunidad, sometimiento humillante de la mujer y excesiva tolerancia del estatuto esclavista romano. No siempre hicieron suya los cristianos la libertad que Pablo entendió como acción libre en el Espíritu (Gál y Rom 6), ni todos resistieron con entereza las tensiones y persecuciones, como lo anticipó Jesús.

La primera persecución judía padecida por los cristianos tuvo lugar hacia el año 34, cuando los apóstoles fueron obligados a comparecer ante el sanedrín, dado el contenido subversivo de su predicación (Hch 5,21-33). El sanedrín mandó ejecutar a Esteban en el 43 y a Santiago en el 62. Hacia el año 70 el "consejo" judío de Jamnia (cerca de Jaffa), compuesto por fariseos, excomulgó a los cristianos de la sinagoga con una "maldición sobre los heréticos".

En el ámbito pagano hubo persecuciones de los cristianos en el año 64 bajo Nerón y en los años 81-96 bajo Domiciano, acusados de que alteraban el orden establecido, fundaban asociaciones ilícitas, se negaban a tributar culto al emperador y llevaban una "vida absurda y repugnante". El hecho de que el fundador hubiese sido crucificado por la autoridad romana, hacía del cristianismo algo absurdo. Comer juntos como hermanos, esclavos y libres, estaba prohibido.

Las comunidades alternaron persecuciones con períodos de tranquilidad. Ejercían su función caritativa de diferentes modos. La primera ayuda nació como ágape o cena fraterna en la celebración de la eucaristía. Más tarde los apóstoles instituyeron a los diáconos como ayudantes del servicio del altar y de los pobres (Hch 6,1-7). Finalmente no se circunscribió la caridad a la propia comunidad, sino que trascendió por medio de colectas a otras comunidades más pobres (Rom 15,25 ss; 2 Cor 8,2 ss; 9, 1 ss). La caridad, entendida como servicio social, fue un distintivo de la Iglesia primitiva de cara a la conversión de los paganos.

Poco a poco se introdujo en las comunidades cristianas una tendencia creciente a sacralizar lugares edificios, clericalizar los ministerios y patriarcalizar las Iglesias, segregando a la mujer. A partir del siglo IV los cristianos se impregnan peligrosamente de la ideología imperial, que se introdujo poco a poco en la cúpula de las Iglesias y en todos sus estamentos. Frente a los desvíos de la jerarquía alzaron su voz los espirituales, defensores de la pobreza, humildad y sencillez. Nunca han faltado en el cristianismo los reformadores de la cristiandad establecida.

II. El reino de Dios, centro del cristianismo

Teólogos católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes coinciden en afirmar que el centro del mensaje y de la actividad de Jesús fue la llegada del reino de Dios. Paradójicamente, siendo Jesús el evangelista que anuncia el reino, no explica en qué consiste. Efectivamente, no se preocupó de definirlo sino de construirlo mediante acciones liberadoras. Por implantar Jesús el reino de la justicia y de la paz, eliminando todas las barreras, fue condenado y crucificado.

Según los profetas, el reino era en tiempos de Jesús paradigma de esperanza, aspiración de libertad, justicia y paz, fuerza liberadora de todo mal y de todo pecado. Sus destinatarios eran los pobres y los marginados. Por eso, el ministerio de Jesús fue buena noticia para ellos. Jesús perfila el reino con parábolas, enseñanzas del reino; curaciones, -signos prodigiosos del reino; comidas con "pecadores y publicanos", marginados que acceden al reino; bienaventuranzas, ley fundamental del reino.

El reino de Dios es, pues, el núcleo central del cristianismo. Es exigencia de cambio de conducta, fuerza liberadora del mundo corrompido y magnitud última de plenitud según las promesas de Dios. En concordancia con los rasgos distintivos de Jesús, es libertad suprema, igualdad entre los hombres, amor solidario y apertura universal a todos, especialmente a los excluidos de la sociedad. El reino de Jesús no se concibe sin Dios, ni el Dios cristiano sin reino.

El cristianismo -centrado en Cristo y en el reino- puede ser especificado por cuatro -constitutivos esenciales: la comunidad de creyentes, discípulos de Jesús; la palabra de Dios, norma de vida; la eucaristía, acción de gracias de la Iglesia; y el ministerio, servicio en la caridad de Cristo. El centro del cristianismo es la comunidad, que se constituye por los otros tres elementos en recíproca conexión. Así, la Escritura es proclamada como palabra de Dios en la celebración y se convierte en ágape por el compromiso o la misión. La celebración sacramental es memorial de la palabra de Dios y presencia actualizadora del amor de Dios en Cristo por el Espíritu. La ética cristiana es la ética humana de servicio a los pobres y marginados, cuyo modelo es la practicada por Jesús de Nazaret, como nos lo revela la Escrituraⁱ.

El polo de la Escritura incluye lo que tradicionalmente se ha denominado "inteligencia de la fe", es decir, teología, catequesis y predicación. Evidentemente no basta el "conocimiento" cristiano. Se requiere un "reconocimiento" de tipo simbólico y espiritual para adquirir sabiduría cristiana. Esta función la realiza el polo del sacramento o, si se prefiere, la plegaria eucarística y la oración personal. El tercer polo es la ética, que incluye la acción de los cristianos en el mundo, dentro de la acción humana. "La estructura Escritura/Sacramento/Ética -afirma L.-M. Chauvet- aparece así homologable a una estructura antropológica más fundamental: conocimiento/reconocimiento/praxis"ⁱⁱ.

Las dos grandes tentaciones del cristianismo han sido una Iglesia sin reino (el acento se pone en el aparato institucional) y un reino sin Iglesia (sin el constitutivo de la fe). Especialmente tentadora es la transformación de la fe primera en institución de cristiandad. "La cristiandad -dijo Sören Kierkegaard- ha acabado con el cristianismo sin caer en la cuenta de ello. En consecuencia, si se quiere hacer algo, hay que reinsertar el cristianismo en la cristiandad"ⁱⁱⁱ.

III. Proceso evolutivo del cristianismo

Debido a la misión llevada a cabo con eficacia y entusiasmo, cuyo fruto más granado fueron las conversiones y los bautismos de adultos, los cristianos llegaron a ser el tercer grupo social del imperio romano, después de los paganos y de los judíos. No faltaron los cismas, que afectan a la comunión y la unidad, y las herejías, que rompen con postulados básicos de la fe

y la moral. Desde la aparición de las primeras comunidades, hubo “facciones” y “divisiones” entre los cristianos (1 Cor 11, 18-19). Son, pues, tan antiguas como el cristianismo.

En la configuración del cristianismo helenista frente a un judeo-cristianismo deficiente, influyó decisivamente el apóstol Pablo frente a Pedro. Mediante la misión con los gentiles, la fe cristiana se hizo universal, el mensaje cristiano se inculturó y se ensanchó la comprensión del pueblo de Dios. Sin embargo, poco a poco se impusieron la unidad y el orden a los carismas, se desarrolló el episcopado monárquico, retrocedió el papel de la mujer, se institucionalizó la sucesión apostólica y cobró vigencia la primacía del obispo de Roma, al que se subordinaron los demás obispos. Pueden señalarse tres pérdidas perturbadoras en el primer cristianismo: el ágape en la eucaristía, el bautismo de adultos en el catecumenado y la corrección fraterna en la vida de los hermanos. Se empobreció la acción pastoral.

En el siglo II se redactaron listas de herejías y se escribieron tratados contra los herejes. Poco a poco aparecieron herejías judaizantes, gnósticas, arrianas, pelagianas, etc. Con el giro dado por el emperador Constantino en el siglo IV, pasó el cristianismo de religión perseguida a religión oficial. Lo político, social y cultural se sometió al control de la Iglesia de cristiandad, caracterizada por la unión trono-altar, el orden político como reflejo del orden cristiano y el Papa, máxima autoridad del imperio.

La Iglesia de la cristiandad de la Edad Media se transformó poco a poco en institución cristiana y norma jurídica, es decir, en corporación sacramental canónica. La primitiva imagen patrística de la iglesia madre fue sustituida por la de iglesia reina, que ponía de relieve su soberanía sobre los fieles y sobre la humanidad. Cobró relevancia un creciente jurisdiccionismo y una concepción del papado basado en el poder y la autoridad. Emergió una eclesiología del gobierno jerárquico y de la potestad del papa, tanto en el interior de la Iglesia como frente al poder político de los príncipes cristianos. Adquirió primacía la Iglesia como institución cristiana y factor estructurador de la sociedad civil, en el sentido de que polarizó el orden temporal y espiritual de la cristiandad. La jerarquía suplantó al Espíritu.

El primer gran cisma de la Iglesia se produjo con la ruptura entre Occidente y Oriente en el siglo XI, y el segundo con la Reforma de Lutero (1483-1546). Ciertamente, desde comienzos del siglo XIV hasta finales del siglo XV hubo gritos contra el curialismo y clericalismo de Roma. Los intentos de reforma de algunos concilios (Constanza, Basilea, Ferrara-Florenia, Letrán) y el impulso evangélico de las órdenes mendicantes (franciscanos, dominicos, agustinos y carmelitas) y de san Bernardino de Siena (hacia el 1440) se mostraron insuficientes. La curia romana parecía irreformable. Se vislumbraba una nueva división.

Es necesario recordar los abusos y crímenes cometidos por representantes cristianos: persecuciones de judíos, caza de herejes, guerras santas y quema de brujas. Pero no es justo presentar la historia del cristianismo como una historia criminal. El espíritu cristiano genuino ha sobrevivido a pesar de papas con ansias de poder, inquisidores siniestros, obispos cortesanos y teólogos fanáticos. A finales del siglo XV el papado estaba dividido y la cristiandad sufría graves deterioros. La exaltación de la vida interior por encima del aparato institucional de la Iglesia planteó una nueva conciencia eclesial, en la que no fue ajeno el creciente humanismo exaltador del hombre y el aporte evangélico de los reformadores y fundadores.

Lutero intentó reformar la Iglesia en 1520 con una triple finalidad: retorno al evangelio (“solo las escrituras”), reconocimiento de Jesucristo (“solo Cristo”) y primacía de la gracia y de la fe (“solo la gracia”). Destacó la palabra frente al sacramento, el sacerdocio de los laicos sobre el de los clérigos y las iglesias locales frente al predominio de la Iglesia romana. Al mismo tiempo, según H. Küng, la Reforma “opuso la fe a la razón, la gracia a la naturaleza, la Iglesia al mundo, la ética cristiana a la ley natural, la teología a la filosofía y lo específicamente cristiano a lo humanista”^{iv}.

A partir de la Revolución Francesa, el mundo y la Iglesia entraron en conflicto. En los siglos XVIII, XIX y primera mitad del XX, se detecta un proceso extenso e intenso de secularización de la sociedad, pierde vigencia pública la Iglesia, se privatiza la fe cristiana y cobra plena autonomía la autoridad de la sociedad laica. Por influjo de la modernidad, la sociedad se estructura mediante la razón, la democracia y el voto. El pueblo es soberano. Se desploman las monarquías de cuño religioso como la francesa (1789), rusa (1916), alemana (1916), española (1931) e italiana (1945) y ocupan su lugar Repúblicas laicas, algunas anticlericales e incluso antirreligiosas. Decae el cristianismo de masas.

Surgen conflictos incesantes entre la Iglesia que condena el mundo moderno por ateo (ve la secularización como apostasía) y un mundo que pretende subsistir sin el concurso público de la Iglesia (ve la religión como anti-razón, opio del pueblo, neurosis colectiva). En un primer momento fueron feroces las críticas a la religión, a las Iglesias, a la fe cristiana y a Dios. Más adelante -ya entrados en el siglo XX- las críticas se dulcificaron, tomaron otro rumbo más respetuoso. Se avivó el diálogo entre cristianos y no cristianos, entre la Iglesia y el Estado.

Con el giro que dieron al catolicismo Juan XXIII y el Vaticano II de un lado, y los gobiernos democráticos respetuosos con las Iglesias, de otro, viró la actitud política de los cristianos, no tanto por impulso cuanto por desbloqueo. En pocos años se pasó de la política cristiana a la praxis de los cristianos en la política. La gama de los creyentes en el campo político comenzó a ser variada; antes del Concilio era en España casi monolítica, de derechas. Hubo pronto no creyentes que votaban a las derechas y cristianos que militaban en las filas de las izquierdas.

Desde el Vaticano II se dio separación respetuosa, tolerancia y diálogo entre la Iglesia y el Estado. Recuerdan los exégetas que Jesús no propuso la destrucción del mundo ni su conquista, sino la alternativa de un mensaje fraterno (todos somos hermanos), a partir de la paternidad de Dios (todos somos sus hijos). Ni el mundo es perversión, ni debe ser idolatrado. Hay que amar al mundo descubriendo sus deficiencias, encarnarse en él y servirlo con sumo respeto. Ahí cobra vida el reino, asentado en la humanidad. Desde estas perspectivas se entiende más claramente la misión de los cristianos en el mundo; adquiere nuevo relieve el cristianismo.

Cuando los cristianos viven su fe con coherencia y honradez se puede advertir el beneficio que aportan a la sociedad, al desarrollar un cometido liberador (sanar cuerpos y almas), ofrecer cauces de diálogo (dentro y fuera), suscitar esperanzas frente a los fracasos (Dios está también en la pobreza y en el dolor), proponer una vida solidaria (compartir bienes y sentimientos), ejercer la reconciliación (cuando andamos a la greña), crear espacios comunales de convivencia (fiestas de guardar), valorar lo que no vale (la pobreza, el sufrimiento y la gratuidad) y alentar la esperanza de una vida plena después de la muerte.

IV. La esencia del cristianismo

La pregunta por la especificidad de la fe o la identidad de los cristianos es para los creyentes hoy una cuestión acuciante. ¿Qué añade la fe, si es que añade algo? ¿En qué consiste su aportación? ¿En qué se diferencia un cristiano de uno que no lo es?. "Si fuera cierto -afirma R. Marlé- que la fe cristiana no tiene ya, para presentar al mundo, nada original que la especifique, no nos quedaría más remedio que declararla muerta"^v.

"Hoy -afirma J. B. Metz-, cuando precisamente los hombres toman cada vez más conciencia de humanidad -no sólo en teoría, sino en procesos históricos reales- parece que el cristianismo ha entrado en una crisis histórica de identidad de proporciones alarmantes"^{vi}. Los cristianos se hallan en busca de identidad, tanto en el plano personal como en el comunitario. "Todo induce a creer -dice P. Bühler- que, bajo el efecto de la secularización, de la crítica a la

religión y de la creciente indiferencia religiosa, los creyentes han perdido las referencias de identificación de que tradicionalmente disponían^{vii}. Hoy se plantea el problema de la identidad cristiana de una manera más viva que en otras épocas por varias razones.

En primer lugar por el pluralismo religioso, moral e ideológico propio de la modernidad, caracterizado como oferta de diversos sistemas de valores, entre los que está presente la increencia bajo distintas denominaciones. Por otra parte, no es fácil discernir los valores actuales y catalogarlos según sus procedencias, ya que se entremezclan o se amalgaman, además de aparecer como contradictorios. En cambio, en una sociedad globalmente cristiana y culturalmente unitaria no tenía razón de ser la pregunta por la identidad cristiana. J. B. Metz señala como primera causa de la crisis de identidad cristiana "la discontinuidad histórica entre cristianismo y época moderna"^{viii}.

En segundo lugar, la identidad cristiana está en crisis a causa del sistema eclesial heredado, propio de una Iglesia dominadora en una sociedad cerrada, que mantenía su identificación como bloque homogéneo y compacto de creencias, comportamientos y prácticas. La pertenencia a la Iglesia, sin fisuras, equivalía a una identificación. Al aparecer un cierto pluralismo en la teología, relativizarse el poder jerárquico, interpretar de diferente modo la ortopraxis y desentrañar con nuevas claves las adherencias culturales que posee la confesión de fe, es lógico que el sistema eclesial de identificación no sea tan simple y unitario como antaño.

En tercer lugar, el cristianismo se deforma por reducción de los elementos que lo conforman. La comunidad se convierte en masa gregaria o suma de individuos; la palabra de Dios se reduce a saber religioso u ortodoxia dogmática; la vida litúrgica se entiende como ritualismo sacramental o simple devoción; y la ética evangélica equivale a moralismo sexual o programa de caridad. Se deforma un polo por su exageración, en detrimento de los otros tres.

Aunque la pregunta por la esencia del cristianismo se planteó a finales del siglo XVII, quien abordó esta cuestión con hondura fue L. Feuerbach (1804-1872) en su libro *La esencia del cristianismo*, de 1841. Al considerar a Dios como pura proyección del hombre, no hay otra esencia del cristianismo, según Feuerbach, que el propio hombre. "El misterio de la teología - dice- es la antropología".

Cincuenta años más tarde reflexionó sobre el mismo tema A. von Harnack en unas llamativas conferencias pronunciadas en los albores de 1900 en Leipzig^{ix}. Buen conocedor de la historia de los dogmas, Harnack se movió entre parámetros religiosos, dentro de una teología liberal. Desde entonces han sido muchos los teólogos que han terciado en este asunto. Del lado católico recordemos las contribuciones de K. Adam, G. Söhngen, M. Schmaus, R. Guardini, H. De Lubac, H. Urs von Balthasar, M. Kehl, W. Kasper y O. González de Cardedal. No ha habido un teólogo católico de talla en el siglo XX que no haya escrito un artículo o libro sobre la esencia del cristianismo.

H. Küng ha abordado con profundidad esta cuestión cien años después de Harnack. "Según el testimonio de los orígenes y de toda la tradición -dice-, lo peculiar del cristianismo es ese mismo Jesús, al que en las lenguas antiguas y modernas se llama Cristo"^x. Y añade que "lo particular, lo propio y primigenio del cristianismo es considerar a este Jesús como últimamente decisivo, determinante y normativo en todas sus distintas dimensiones"^{xi}. Con lógica contundente afirma: "No hay cristianismo sin Cristo". El cristianismo como religión no es una idea (justicia o amor, por ejemplo), ni unos dogmas (cristológicos o trinitarios), ni una cosmovisión (frente a visiones ateas), sino la persona de Cristo Jesús. Sin Jesucristo no hay historia del cristianismo, ni reunión de cristianos. Se dan unos "elementos estructurales centrales" que iluminan la esencia del cristianismo: la fe en un solo Dios, el seguimiento de Cristo y la acción del Espíritu Santo.

V. Diversos cristianismos

El cristianismo se ha manifestado a través de la historia con diversos rostros. H. Küng los resume en cinco paradigmas: el judeo-apocalíptico del protocristianismo en Palestina; el ecuménico-helenista de la Antigüedad cristiana, iniciado por san Pablo; el católico-romano de la Edad Media, que surge de la reforma gregoriana del siglo XI; el reformador protestante propuesto por Martín Lutero y el racionalista y progresista de la modernidad ilustrada.

En la historia de la cristiandad bimilenaria han surgido, a causa de dos grandes cismas, cuatro confesiones del cristianismo: 1) Las Iglesias ortodoxas de Oriente, de tradición bizantina, con las que la Iglesia católica hizo un recorrido común durante el primer milenio con “siete concilios” ecuménicos, agrupadas históricamente en ocho grandes patriarcados (Constantinopla, Alejandría, Antioquía, Jerusalén, Rumanía, Bulgaria, Serbia y Moscú), vinculadas a los Padres, a modo de una federación de Iglesias defensoras de los tres ministerios (obispo, presbítero, diácono). El papa es “primus inter pares”. 2) La comunión o Iglesia anglicana, con una gran base en la tradición patristica, intermedia entre católicos y protestantes, con vida propia desde su ruptura con Roma en el siglo XVI, bajo el reinado del inglés Enrique VIII. 3) Las Iglesias de la Reforma (luterana, calvinista, reformada, baptista, metodista, pentecostal y otras), basadas en una autonomía local, surgidas a partir de la ruptura de Lutero con la Iglesia de Roma, con la que mantienen posturas divergentes en cuestiones tan vitales como el primado, la eucaristía y los ministerios. 4) La Iglesia católica de Occidente, con sede en Roma, bajo la dirección de un Papa con plenos poderes en el dogma, la moral y la disciplina, aceptado como vicario de Cristo en la tierra y sucesor del apóstol Pedro; su actitud de cara al ecumenismo viró positivamente con el Vaticano II.

“Jesús como el Cristo -afirma H. Küng- es figura básica y motivo original de todo lo cristiano. Sólo desde él como la figura conductora central recibe su identidad y relevancia el cristianismo”^{xiii}. El cristianismo se configuró éticamente con valores evangélicos practicados por Jesús y transmitidos a sus discípulos. Conviene recordar algunos: la dignidad de la persona humana por ser todos hijos de Dios; la justicia, clave de la comprensión del reino; la defensa de los pobres, vicarios de Cristo; el respeto a la libertad del otro, sin presiones; la disposición a servir, no a ser servido; el rechazo del dinero como ídolo, opuesto a Dios; no responder con la violencia a cualquier afrenta; amar a todos los hombres y mujeres como hermanos, incluidos los enemigos; y esperar contra toda desesperación en la resurrección. En suma, cristianos son los hombres y mujeres que se ciñen al evangelio y tienen a Jesucristo como Señor.

BIBLIOGRAFÍA

*J. D. Crossan. **El nacimiento del cristianismo**, Sal Terrae, Santander 2002; L. Feuerbach, **La esencia del cristianismo**, Trotta, Madrid 1995; O. González de Cardedal, **La entraña del cristianismo**, Secretariado Trinitario, Salamanca 1997; J. I. González Faus, **Este es el hombre. Estudios sobre identidad cristiana y realización humana**, Cristiandad, Madrid 1987³; H. Küng, **El cristianismo. Esencia e historia**, Trotta, Madrid 1997; L. Maldonado, **La esencia del cristianismo**, San Pablo, Madrid 2003; J. M. Rovira, **La humanidad de Dios. Una aproximación a la esencia del cristianismo**, Salamanca 1997; J. J. Tamayo, **Cristianismo: profecía y utopía**, Verbo Divino, Estella 1987.*

NOTAS

*i. L. M. Chauvet, **Símbolo y sacramento. Dimensión constitutiva de la existencia cristiana**, Herder, Barcelona 1991, 167-194.*

- ii. *Ib.*, 185.
- iii. Cita de H. Küng en *El cristianismo. Esencia e historia*, Trotta, Madrid 1997, 75.
- iv. H. Küng, *La Iglesia católica*, Mondadori, Barcelona 2002, 164-165.
- v. R. Marlé, *La singularidad cristiana*, Mensajero, Bilbao 1971, 9.
- vi. J. B. Metz, *La fe, en la historia y en la sociedad*, Cristiandad, Madrid 1979, 164.
- vii. P. Böhler, **La identidad cristiana. Entre objetividad y subjetividad**: Concilium 216 (1988), 183.
- viii. J. B. Metz, **La fe, en la historia...**, o.c., 165.
- ix. A. v. Harnack, *Das Wesen des Christentums*, Leipzig 1900.
- x. H. Küng, *Ser cristiano*, Cristiandad, Madrid 1978⁴, 150.
- xi. H. Küng, *El cristianismo*, o.c., 31.
- xii. *Ib.*, 13.

En el deseo de insertarme plenamente en la definición de cristiano que nos formula Casiano.

Gloria al Señor.
Fernando Escardó

NOTAS

(1) Copia del texto enviado para su inserción en la página Web de la Comunidad de Oración de Fray Escoba perteneciente a la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.

(2) Casiano Floristán nació en Arguedas (Navarra) en 1926. Estudió ciencias químicas en Zaragoza, filosofía en Salamanca y teología en Innsbruck, donde se ordenó de sacerdote en 1956. Doctor en teología por la Universidad de Tübinga (1959). Desde 1960 catedrático de teología pastoral en la Universidad Pontificia de Salamanca – sede de Madrid (Sección de pastoral). Fue consultor del Vaticano II y perito en la reforma litúrgica conciliar. Dirigió el Instituto Superior de Pastoral de 1963 a 1973. Ha sido de 1973 a 1992 miembro del consejo de dirección de la revista Concilium, y de 1980 a 1988 presidente de la Asociación Española de Teólogos «Juan XXIII». Desde el curso 1997-1998 es profesor emérito. (“Diccionario de Teólogos/as” Juan Bosch O.P. Editorial Monte Carmelo 2004.
